

Sombras negras

ALEX MEDINA

Cantante y actriz / España

Tengo muchos problemas en mi vida. Ahora hablo de cosas que me ocurrieron. Cuando tenía trece años, estaba rodeado siempre de seis chicas. No eran mis hermanas, sino que eran mis primas. Siempre jugaba con ellas. No tenía ningún amigo varón. Un día me fui a jugar con la hija de los vecinos, pues siempre iba a jugar con ella. Yo era tan pequeño, no sabía nada en la vida más que jugar con las niñas. Un día me fui a la casa de mi amiga. Encontré a su padre allí. Me preguntó: ¿Quieres jugar con mi hija? Yo contesté: sí. En ese tiempo, yo no sabía nada en la vida. Me dijo: ven, entra en la casa. Entré en la casa, pero no encontré a su hija dentro. Le pregunté: ¿Dónde está tu hija? Dijo: Yo quiero jugar contigo. Yo le respondí: pero tú no eres niño. Dijo: No hay problema, a mí me gustan los niños. Me agarró fuertemente de la mano y me dijo: ven conmigo a la habitación. Tengo muchos chocolates y bombones para ti. Yo dije: bueno, estaba alegre porque no conocía chocolate ni bombones todos los días, porque mis padres eran muy pobres, porque yo estaba privado de todo.

Entré en la habitación con el hombre. Este me dijo: sujeta esto. ¿Sabes qué era? Era su pene. Yo tenía miedo y le decía: Quiero ir con mi madre. Me dijo: no te vas a ningún lugar hasta que lo sujetes. Me agarró fuertemente diciendo: chúpalo. Entretanto, yo lloraba. Me dijo: te voy a comprar muchas cosas, no llores. Yo sujeté el pene y lo chupé. Era la primera vez en mi vida que hacía tales cosas. Después de chupar su pene, me compró muchas cosas. Me dijo: no le digas nada a nadie.

Pasó la primera semana. Cada vez que me decía que fuera a su casa, yo iba. Me compraba muchas cosas. Mis padres no sabían nada, solo que ese hombre era nuestro

Pour citer ce texte

Medina, A. (2022). Sombras negras. *Hybrida*, (4), 259–263. <https://doi.org/10.7203/HYBRIDA.4.24762>

vecino y que yo era amigo de su hija. Un día me pidió que durmiera boca abajo. Yo acepté sin saber nada de lo que iba a hacer. Me pidió que me quitara los pantalones. Yo le pregunté: ¿Qué quieres hacer? Dijo: No tengas miedo, solo tumbate. Entretanto, el hombre se acostó sobre mí. Yo grité. Pero él me dio un golpe en la cabeza diciendo: cállate. Yo solamente lloraba porque sentía un gran dolor.

Después de acabar, yo no podía caminar bien. Me dijo: te voy a comprar un regalo. Yo le respondí mientras lloraba: no quiero nada, solamente quiero ir con mi madre. Él me dijo: si le dices algo a tu madre, te mato. Entonces, yo tuve mucho miedo. Él me compró un juguete precioso. Me fui a casa y pasaron tres días, mientras sentía mucho dolor. Entonces, conté a mi madre lo que pasó. Ella se puso a llorar. Luego se lo contó a mi padre, que fue a por el hombre para matarlo. Toda la gente del barrio se reunió y le dijo a mi padre que llamara a la policía. De hecho, lo hizo. La policía detuvo al hombre y lo encarceló unos cuatro meses. Todo el mundo se enteró de que allí había un niño violado. Mi padre pidió a mi madre que abandonaran el barrio. Dejamos el barrio para salvarnos del escándalo y la mala reputación. Pasaron los días y los años y yo llegué a hablar tal como las mujeres. Mi padre me pegaba por ello todos los días y me decía: quiero que seas un hombre. Asimismo, pegaba a mi madre todos los días y decía: tú tienes la culpa. Ya mi hijo ha dejado de ser un hombre, se ha convertido en una mujer. Por ello, mi madre y yo llorábamos todo el tiempo. Tenía dieciséis años cuando conocí a unos chicos homosexuales. Tuve un novio. Pasó un año. Teniendo diecisiete años conocí a muchas personas. En este año, empecé a cantar. Dejé los estudios. Por ello, mi padre me pegaba todos los días. Llegué a estar acostumbrado a recibir las palizas de mi padre. Pero cuando pegaba a mi madre, yo lloraba. Él quería matarme porque soy cantante, homosexual y la razón de la mala reputación de la familia.

Pasó el tiempo. Un día, mientras estaba cantando en una fiesta, la policía vino y me llevó a la comisaría. Allí me informaron de que había muchas acusaciones en mi contra. Pregunté: ¿cuáles son? Me dijeron: “homosexualidad” -dándome una bofetada- y “actuar como las mujeres” -dándome otra bofetada-.

Así que, debido a dichas acusaciones me encarcelaron, latigearon y multaron. Cuando me encontraba en la cárcel por la noche, venían tres policías y me pegaba. Dos de ellos me violaban. Otras veces, unos tres o cuatro policías hacían el sexo conmigo. Me pegaban. Cuando amanecía, no me daban de comer. Ellos comían y me daban los restos de la comida. Como tenía mucha hambre, me veía obligado a comer. Por la noche hacían, como siempre, el sexo conmigo. Permanecí en la cárcel cuatro meses, durante los cuales me pedían limpiar el suelo, limpiar la ropa y los zapatos. Terminando el plazo de mi encarcelamiento, me pedían que durmiera en el suelo y me pegaban

en los pies y las manos. La última vez que fui capturado, me pegaron y me hicieron una herida en el dedo de la mano izquierda. Me llevaron al peor hospital en Khartoum. Cosieron la herida, siete puntos, sin anestesia. Me decían: ahora nosotros no te hemos hecho nada, es una simple paliza para educarte. La próxima vez será la muerte. Cuando regresaba a casa, mi padre me pegaba todos los días. Quería matarme. Cuando escapaba de casa, llamaba a la policía y le decía: tengo un hijo homosexual. Venía la policía y me llevaba a la comisaría donde me pegaban y torturaban durante unos meses. Al final, me decían que me marchara. En la calle, la gente me llamaba “homosexual” y me tiraba piedras. En algunas ocasiones, me quitaba el dinero y el móvil. A la hora de reclamar en la policía, me pegaban y me informaban: Es verdad que la policía está a la disposición del pueblo, pero nunca ayuda a los homosexuales. Entonces, iba a casa. Allí, mi padre me pegaba. ¿Saben por qué? Me decía: has mancillado la fama de la familia. Ojalá estuvieras muerto y me dejaras en paz. Todo el mundo está hablando de ti y de tus comportamientos irregulares. Me acosaba siempre con las palabras. Me pegaba. Cuando mi madre intervenía, le pegaba cruelmente diciendo: tú tienes la culpa. Entonces, me sentía torturado y lloraba, echándome la culpa a mí mismo. Pasaron los días y cada vez que me iba a una fiesta, la policía sudanesa me capturaba y me torturaba. Y aguantaba todo esto por mi madre, que trabajaba como si fuera criada de mi padre. Él nos pegaba a nosotros dos. Nunca tuvo compasión hacia nosotros. Yo sufrí mucho en la vida. En esta vida, no quiero nada más que estemos mi madre y yo bien. No quiero sufrir más. Yo fui objeto de muchas torturas.

Pasaron los días y los problemas se multiplicaron. Por ello, me llevé a mi madre y alquilamos una habitación después de que mi padre la hubiera expulsado. ¿Os enteráis de cómo era esa habitación? En otoño, el agua caía del techo sobre nosotros dos. Aguantamos, mi madre y yo, esta situación para salvarnos de la tortura de mi padre. Con el paso del tiempo, todo el mundo supo que en esa habitación habitaba con homosexual junto con su madre. La gente llamaba a la policía y esta venía a capturarme como siempre. Yo lo aguantaba por mi madre, solo por mi madre. Pasaron los días. Me visitó mi amigo que sabía que a la policía no le gustaba la homosexualidad; nadie en Sudán acepta la homosexualidad porque está prohibida. Entonces, mi amigo me dijo: deja a tu madre que se vaya a la casa de tu abuela. Yo le respondí: pero hay un problema, pues mi abuela no puede mantener a mi madre porque son pobres, no tienen comida ni bebida. Me dijo: deja a tu madre que se vaya a la casa de tu abuela, trabaja y paga el dinero a tu abuela en lugar de pagarlo para el alquiler. Dile a tu abuela que el dinero que pagas es a cambio de la comida y la estancia de tu madre. Por consiguiente, yo hice todo esto y, además, fui a vivir con mi amigo. Trabajaba y ganaba mucho dinero

de los conciertos a los que asistía. Un día, mi amigo me dijo que quería ayudarme a salir de Sudán. Yo le dije: ¿cómo puedo hacerlo si tengo antecedentes penales? Creo que no me está permitido salir de Sudán. Entonces, él respondió: te ayudaré. No tengas miedo. Además, yo tengo un amigo que puede ayudarte también. Pasaron algunos días y vino su amigo, a quien me presentó. Éste me dijo: no tengas miedo, te ayudaré. Pero quiero unos 700 euros. Yo le dije que me resultaba difícil pagar esa cantidad. Me dijo: solo dame 700 euros y yo te pago el resto. De hecho, pude reunir el dinero con mi trabajo y algunos préstamos de amigos. Él, por su parte, pudo expedir un pasaporte falso, con nombre diferente. Este amigo me dijo: ahora ya tienes el pasaporte, solo te queda el visado de la embajada de España. Yo le dije: bueno, yo quiero ir a cualquier país europeo. No quiero un país árabe porque en los países árabes no aceptan a los homosexuales como yo. Yo solo quiero seguridad. Dijo: lo sé.

Entonces, fui con él a la embajada de España e hice la huella para conseguir el visado. Recogí el pasaporte con el visado después de una semana. Él me compró el billete. Viajé de Sudán a Doha –Qatar– y de allí a Madrid. Al salir del aeropuerto, no sabía nada. No sabía hablar inglés ni español. Por ello, me quedé llorando sin saber a dónde ir. Sólo tenía unos 300 euros. Entonces, encontré a un hombre que hablaba árabe. Este me dijo: Voy a viajar a Holanda. Además, te voy a ayudar. No tengas miedo. Era un hombre de nacionalidad sudanesa y tenía un pasaporte holandés. Fui con el hombre hasta la estación de autobuses. Pero no encontramos billetes. Así que me propuso que fuera con él a la casa de sus amigos. Yo fui con él a una casa donde vivían unos marroquíes. Al día siguiente nos fuimos a la estación de autobuses. El viaje era muy largo. El primer país al que entramos fue Francia. Luego, tomamos otro autobús hacia Holanda. En el camino, el hombre hablaba mucho conmigo. Cuando llegamos a Holanda, nos bajamos del autobús y nos sentamos en una plaza grande. Entretanto, el hombre tenía mi pasaporte y el dinero. Me dijo: estaré aquí muy cerca, vuelvo enseguida. Me quedé esperándole. Entonces, recordé que el hombre tenía mi pasaporte y el dinero. No sabía a dónde ir. Dormí dos días en la calle. Vi a unos hombres hablando en árabe. Les conté todo lo que me había pasado y que no tenía nada. Me dijeron que fuera a la comisaría. Como no sabía dónde estaba, ellos me indicaron el camino. Cuando fui, me metieron en la cárcel durante un día. Al día siguiente me trasladaron al lugar de asilo. Allí me hicieron los trámites. Me fueron trasladando por los campamentos de asilo en Holanda durante un año entero. Luego, me trasladaron a España porque tenía huella allí. Yo les dije: no sé nada. Si lo hubiera sabido, habría permanecido allí en España. No hay ningún problema. Quiero estar en cualquier lugar sin problemas. Ahora estoy en España y estoy bien.

Esto fue todo lo que me ocurrió. Ahora estoy en España. No estoy aquí por el dinero o el trabajo. Solamente quiero ser otra persona y empezar de nuevo. Quiero aprender, como todo el mundo, respetar a la gente y, asimismo, recibir su respeto. No quiero sufrir otra vez. Esto es todo lo que deseo en mi vida. Lo he perdido todo y no sé nada de mi madre. Pero, sí, sé que ella está bien y no tiene ningún problema. ¿Sabes por qué? Porque estoy aquí. No reconozco a Sudán. Sudán no es un Estado.